

Querida Julieta:

Creo que no hay persona que no sepa quién es Julieta Gargiulo. No solamente por tu rol maravilloso de Gestor Cultural sino por toda tu trayectoria y tu personalidad luminosa.

Crecí escuchando tu nombre y las vueltas de la vida, hicieron que nos reencontráramos, gracias a mi querida Claudia, tu hija.

Me enviaste generosamente dos textos de *Salvos y Retazos en Clave de Sol*.

No pude elegir uno, me gustaron demasiado los dos.

Gracias por tu generosidad, tu calidez y por todo lo que hacés por la cultura. Te abrazo muy fuerte, Julieta

UNA PALOMA CRIOLLA REVOLOTEABA EL RIO ATUEL

Por JULIETA GARGIULO

He querido dejar algunos recuerdos de mi corta infancia que saltan como chispas en mi memoria, antes que las ráfagas de la vida o del olvido me los arrebatan.

Pero para comprender este relato debemos retroceder en el tiempo y contarles cómo era ese mundo que transitábamos.

La aviación comercial en nuestro país estaba aún en pañales. Nuestro medio de comunicación era solo el ferrocarril o el automóvil.

La guerra civil española recién terminaba y la gran guerra mundial, que azotaba cruelmente al mundo, vivía sus momentos más álgidos. En esas contiendas la aviación tuvo una gran preponderancia, ya que ella había modificado las formas del combate. Probablemente ese tiempo bélico, y las historias de las hazañas que informaba el periodismo, la radio y los noticieros cinematográficos, alimentaba desafíos de alto riesgo personal.

Argentina tuvo en aquellos años notables deportistas y aventureros que llenaron de gloria nuestra tierra. Existió un Vito Dumas, que cumplió una hazaña única en los anales de la navegación, dando la vuelta al mundo en solitario, en plena guerra mundial, cuando la tecnología distaba de ser como la actual. Y en esa misma época, dos notables aviadores, Carola Lorenzini y Tomás Picasso demostraban hasta qué punto eran necesarios osadía y coraje para enfrentar desafíos.

Y aquí comienza mi recuerdo.

Era un día diáfano y partimos desde nuestra casa, en Villa Atuel, a ver el gran espectáculo del que supongo, todo el mundo hablaría.

Nos estacionamos en un descampado a orillas del río Atuel, en Colonia Alvear (como así todavía se conocía al lugar), donde sería, con mucho optimismo, el aeroclub local. Junto a mis padres y a mi hermano mayor, que ya de esto entendía mucho más que yo porque era grande -tenía 10 años- observábamos el cielo hasta que unos puntos lejanos comenzaron a acercarse y, después de sobrevolar la zona, aterrizaron dos magníficas y desconocidas máquinas biplanos muy cerca nuestro.

Y allí conocimos a los aviadores. Una mujer muy alta y bastante corpulenta, con casco de cuero, los infaltables anteojos rodeados de felpa y vestida con bombachas de gaucho. Al sacarse el casco tenía una melena con el corte *a la garzón*, como entonces se decía, que acrecentaba su figura casi varonil. Voces de asombro. ¡Es Carola Lorenzini, la aviadora más famosa de Sudamérica! *¡La paloma criolla!* Así se la llamaba por su amor a nuestras costumbres y tradiciones, y por el uso de su típico atuendo que la distinguía de los otros aviadores. Y junto a ella llegó el célebre y legendario Tomás Picasso. Los mayores contaban sus hazañas y aventuras. Solo recuerdo el asombro en esas conversaciones, pero no los detalles. Con los años, la curiosidad me hizo averiguar sobre ellos.

Carola había batido el récord sudamericano femenino de altura, llegando a los

5381 metros. Esos aviones no llevaban oxígeno. Cuenta la leyenda que logrado el record y al aterrizar, un periodista le preguntó qué había sentido allí arriba y le contestó: *Un poco de frío*. Posteriormente cruzó el río de la Plata en un vuelo en solitario compitiendo con otra aviadora, Isabel Gladisz. Las dos llegaron a Montevideo. Era famosa además por su temeraria acrobacia. En 1940 realizó un viaje uniando las (por entonces) 14 provincias argentinas. Pienso que este paso por Alvear tendría que ver con ese raid.

Esa era Carola Lorenzini. Pero ¿quién era Tomás Picasso? Fue un famoso deportista y paracaidista, en una disciplina que ganaba auge y convocatoria. Se lo reconocía y aclamaba como único en Sudamérica pues había logrado un récord mundial con *“39 saltos en 10 horas y 7 minutos”*. Las tapas de revistas de la época lo mencionaban como una gloria nacional del deporte unido a una personalidad, a la que se la destacaba como excéntrica y alocada. Este personaje había superado los 150 saltos al espacio. El más espectacular fue el de arrojarse desde 6.150 metros de altura. Pero no era solo paracaidista, sino que también realizaba acrobacia de alto riesgo.

Picasso, además, hacía transmisiones radiales durante sus descensos. Su popularidad era enorme.

Esa noche hubo una gran comida en casa del matrimonio de Aldo y Bianca Diana, en la SPAT, donde se alojaban los aviadores. De esa comida lo único que recuerdo es que pude escabullirme hasta quedar pegada a las botas del famoso Picasso, quizás pensando, en mis ingenuos años, que la fama podría contagiarse.

A la mañana siguiente regresamos a Alvear a ver la exhibición. No solo sorprendía ver volar esos frágiles aviones, sino presenciarlos haciendo looping invertidos, con el piloto cabeza abajo casi tocando el suelo, para después tomar nuevamente altura, y caer en tirabuzones muy cerca de nuestras cabezas y así otra vez buscar altura, para desde allí caer llegando casi al suelo, volviendo a elevarse en una danza frenética de sensaciones. Si quisiera encontrar una palabra que describiera lo que sentía, ésta sería *espeluznante*.

Más tarde Picasso realizó los saltos que correspondían a la exhibición y, por primera vez, yo y supongo que la muchedumbre, veíamos cómo un paracaidista se tiraba al vacío. El tiempo se hacía interminable mientras esperábamos que se abriera ese paracaídas hasta que, finalmente, veíamos el capullo de tela flotando en el aire; la hazaña terminaba entre vítores y aplausos. ¿Cómo olvidar una proeza de este tipo?

Hasta aquí mi recuerdo, pero la aventura continuó. A la mañana siguiente, según recuerda Negrita Cabrera, invitó a los chicos mayores para explicarles las técnicas de sus hazañas, ver su paracaídas y finalmente, regalarle a cada uno de ellos un cordón de este raro artefacto que guardaron deslumbrados como trofeo.

Finalmente, los aviadores partieron.

Carola sobrevoló la casa de los Diana y en agradecimiento por su hospitalidad, desde la carlinga del avión les tiró un ramo de flores.

Estos personajes dejaron un recuerdo imperecedero en aquellos mayores y niños que vivimos esta experiencia. Pero así también fue nuestro pesar cuando, aproximadamente un año después, Carola Lorenzini perdió la vida en una de sus exhibiciones de alto riesgo. Quedó sin cumplir su próximo gran desafío que era recorrer todas las naciones de América del Sur, en un raid como aquel que había hecho por las provincias de nuestra tierra, llevando el mensaje del coraje de las mujeres argentinas al mundo.

En febrero del 1942, tres meses después de aquella tragedia, Tomás Picasso, en uno de sus saltos, cayó al río de la Plata y, por el peso de su paracaídas y el equipo de transmisión que llevaba consigo, murió ahogado, ya que no alcanzaron a auxiliarlo.

En algún reportaje anterior había confesado que no sabía nadar.